

# La comunidad cristiana, experiencia alternativa

Alfredo Infante - Equipo Nueva Evangelización

## I. LA VIDA DIARIA SE NOS CONVIERTE EN PREGUNTA. ¿COMO VAMOS RESPONDIENDO?

En los barrios vivimos amenazados por los cuatro costados y sometidos a la falta de respeto constante a nuestra dignidad. Los que dirigen el destino de nuestro país no nos reconocen como personas humanas sino como objeto clientelar para mantenerse en el poder, y, peor aún, nos perciben como amenaza. Las prioridades reales expresadas en las decisiones del gobierno así lo confirman. Si no, cómo explicar los continuos operativos de «seguridad social» en los que ser menor de 30 años y habitante de barrio es sinónimo de delincuente hasta que no se compruebe lo contrario, cómo dar razón del deterioro de la educación pública, del mal estado de los servicios de salud, de la ausencia de agua en nuestros barrios, mientras se han invertido sumas escandalosas para sacarles «las patas del barro» a la élite financiera. Por otro lado, van surgiendo bandas de adolescentes que, asumiendo la lógica y los valores del sistema, van sembrando el miedo, destruyendo y apoderándose de los lugares públicos como escuelas, plazas y patios, haciendo inhóspito el barrio y violando nuestros derechos. ¿Qué hacer ante tanta amenaza? ¿Cómo construir vida digna en nuestro barrio?

La suma de estas y otras amenazas hace que cada día vivamos en agonía, pateando para sobrevivir, en una lucha desigual que, si no hacemos de modo organizado, nos puede producir desgaste y resignación. Esta cotidianidad vivida como experiencia límite está sostenida por un anhelo de paz, alegría y normalidad humana que se refleja en el humor, las fiestas y las preguntas últimas. La fiesta es el modo de afirmar que a pesar de tanta adversidad sigue habiendo vida, el hu-

mor es la forma de tomar distancia y relativizar la situación sin quitarle el peso que ésta tiene, y las preguntas, siendo muchas veces quejas y lamentos, pueden ser o cauces de nuevas posibilidades de vida, o por el contrario afirmación de la muerte. Todo dependerá de nuestra creatividad en la respuesta. Estas preguntas ante la situación van siendo respondidas en nuestros barrios de dos maneras: individualista y personalizadora. Veamos.

1. La manera individualista de responder genera resignación e incluso ilusión, estados internos en el sujeto que limitan las iniciativas que buscan consolidar la vida digna en el barrio.

a. La resignación se produce porque la situación se capta con tal peso que se asume como camino ciego y la pregunta queda atrapada en un callejón sin salida. A modo de ilustración tenemos la tendencia cada vez más acentuada en algunos sectores de nuestros barrios a encerrarse ante la violencia callejera, cediendo a los malandros, al narcotráfico y a los operativos de seguridad los espacios y los tiempos de la comunidad. Ante la pregunta de «qué hacer ante la violencia», la respuesta desesperada es «nada, sálvese quien pueda», mientras el barrio se va

*La cotidianidad vivida como experiencia límite está sostenida por un anhelo de paz, alegría y normalidad humana que se refleja en el humor, las fiestas y las preguntas últimas.*

haciendo cada día más invivible. Esta situación ha llegado a tal extremo en algunos lugares que las pocas organizaciones y espacios con los que se contaba han quedado significativamente reducidos. ¿Cómo incidir y acompañar pastoralmente esta situación existencial de no vida?

b. A la ilusión se llega porque no se capta o pareciera no captarse la raíz del problema, creándose falsas expectativas de superación. Son indicadores: El apoyo desesperado por parte de la misma gente del barrio a movimientos de la muerte como luces contra el hampa. El consenso ante la continuidad de la ley de vagos y maleantes. La campaña por la reducción de la mayoría de edad que facilite el encarcelamiento de los adolescentes. El apoyo a la suspensión de las garantías y a los operativos masivos de seguridad. ¿Tocan estas propuestas la raíz del problema? ¿No va siendo la ilusión una tentación para algunos miembros de grupos y agentes de pastoral? ¿Cómo mantener una actitud vigilante que nos permita descubrir lo que más conviene?.

Se percibe en este modo individual de responder a estas preguntas vitales que conforman nuestra cotidianidad un serio problema en la valoración de nuestra dignidad personal. En estado de resignación la persona no se siente sujeto de derecho y pierde la capacidad de imaginar alternativas. En estado de ilusión se crea una conciencia de falso mesianismo y se llegan a apoyar propuestas miopes que acentúan las injusticias, se piensa que la alternativa está solo en manos de otros y que desde el barrio es poco o nada lo que se puede hacer. En el fondo, resignación e ilusión son dos caras de una misma moneda y esa moneda es la pérdida progresiva del valor absoluto de nuestra vida. Mientras no se dé un proceso de iniciación en el que reconozcamos que somos sujetos de derecho, que somos dignos, las puertas falsas nos seguirán seduciendo. ¿En qué medida nuestra presencia, relación y proyectos, facilitan y animan esta iniciación?

2. La respuesta personalizadora es dolorosa. Es más dramática porque asume la situación con todo su peso y busca desde ahí vislumbrar alternativas. En el fondo hay una confianza en que tal situación no es definitiva, que vendrán nuevos tiempos. Se vive en el dolor esperanzador, aunque de momento hay más espesura que

claridad, se busca con esfuerzo y creatividad abrir posibilidades de vida. Lo propio es que la persona en su convivencia cotidiana descubre que sus anhelos tienen una dimensión común con la del otro, se reconoce vecino porque hay preocupaciones vitales comunes. La respuesta personal, siendo específica de cada uno, posee una dimensión colectiva-comunitaria. La gente llega a hacerse cargo de la realidad como personas que pertenecen y están vinculadas a un lugar social y cultural, que es el barrio, y desde ahí emprenden el camino a más vida, a más dignidad. En la búsqueda de la respuesta acertada cada uno va adquiriendo la sabiduría de vivir fraternalmente. Este camino no es fácil; en él se dan experiencias duras de fracaso, de decepción, de muerte y muchas veces incluso de retroceso a respuestas individualistas que se creían ya superadas y ante las que provoca, como en el boxeo, tirar la toalla. Cuando estas experiencias propias del camino son superadas positivamente, las personas ganan en solidez interna, experimentando una conversión profunda que los afirma en su obsesión de vivir dignamente. El camino se convierte en un continuo volver a empezar. Signos visibles de esto son: el modo como mucha gente en las mínimas cosas de cada día se intercambia solidariamente. Los intentos insistentes que se van dando en los distintos barrios de la ciudad por parte de comunidades cristianas, grupos culturales, asociaciones de vecinos alternativas, comités de DD.HH., de recuperar espacios para la vida. Las iniciativas de mujeres que en su afán de defender la vida van constituyendo comités de base en contra de la impunidad, relacionándose con instituciones y organizaciones como PROVEA, COFAVIC, RED DE APOYO, etc. El esfuerzo diario de muchos habitantes de nuestros barrios de ir imaginando y ensayando personal y comunitariamente alternativas humanas eficaces como arreglo de la escalera, rehabilitación de la quebrada de Catuché, construcción de plazas, escuelas de deporte y cultura, olimpiadas escolares y el liceo de vacaciones en la Vega. E iniciativas de articulación y comunicación de estas experiencias de vida se van dando desde la base como CECOSE y el proyecto nueva evangelización del Centro Gumilla y las coordinadoras de grupos y comunidades barriales en algunas ciudades del interior, entre otros. Mediante es-

*En la historia de  
muchos barrios la  
comunidad cristiana  
ha sido el espacio  
privilegiado  
(no exclusivo)  
donde muchos hemos  
pasado por un proceso  
lento pero dinámico de  
conversión que va  
desde la respuesta  
individual a la  
respuesta  
personal-comunitaria.*

tas experiencias vamos descubriendo el sentido de lo pequeño, a partir de las cuales vamos configurando horizontes más amplios, pero sobre todo tomamos conciencia de que o nos salvamos juntos o pereceremos como idiotas.

#### **LA COMUNIDAD CRISTIANA, UN CAMINO VALIDO PARA LA CONSTRUCCION DE LA VIDA DIGNA**

En la historia de muchos barrios suburbanos y populares de nuestro país la comunidad cristiana ha sido el espacio privilegiado (no exclusivo) donde muchos hemos pasado por un proceso lento pero dinámico de conversión que va desde la respuesta individual a la respuesta personal-comunitaria. Al compartir la vida —a la luz de la Palabra de Dios— con todo lo que supone de tristezas y alegría, duelo y fiesta, debilidad y fortaleza, llanto y risa, malas y buenas noticias, de desolación y fe, solidaridad y mezquindad, agonía y esperanzas, iniciamos un proceso de mutuo reconocimiento en el que vamos viviendo la experiencia de ser hermanos, tomando conciencia de nuestra dignidad de hijos de Dios. Hacernos hermanos e hijos se convierte en un camino

siempre nuevo e inacabado que tiene como paradigma a Jesús de Nazaret.

Pero este camino es ambiguo y no está exento de falsos derroteros. Algunas experiencias han quedado reducidas a la pura vivencia intraeclesial y sus miembros no se han visto exigidos internamente a participar en la promoción de la Justicia en la sociedad civil. Cuando esta experiencia de participación de los cristianos en los grupos y organizaciones alternativas no se da o no se percibe siquiera como horizonte, la comunidad se convierte en una secta, en un *gheto*. En tal circunstancia cabe preguntarnos a qué Dios adoramos, ¿al Dios de la vida?

Pero la buena noticia que está aconteciendo en nuestras comunidades cristianas es que en el camino vamos asumiendo progresivamente un compromiso por la justicia como modo de hacer extensiva la experiencia de hermandad. En esta misma medida vamos sintiendo al barrio como nuestra casa grande, constituyéndonos en hermanos-vecinos. Este proceso es fecundo cuando se da como hallazgo personal, y no como exigencia externa o mera socialización. El tiempo que se requiere para la madurez del compromiso social depende del proceso interno de cada sujeto, y su explicitación varía según la vocación específica de cada uno. Así, en una comunidad cristiana compartimos la fe y la vida personas que están en distintos momentos del proceso; de igual modo, personas que poseen fuera de la comunidad compromisos en diversos grupos socio-políticos como asociaciones de vecinos, grupos de salud, cooperativas, grupos culturales, junto a otras que mantienen un ministerio más eclesial, como catequesis, liturgia, visita a enfermos, cofradías etc. Esta pluralidad en la vocación cristiana va dinamizando y enriqueciendo la fraternidad. Cuando esta diversidad no se da, la comunidad pierde su trascendencia.

Ante tanta amenaza y ante el reto de construir vida plena en nuestros barrios, la comunidad cristiana y su relación con los grupos alternativos se ha venido consolidando como lugar desde el cual se van fraguando las respuestas que dinamizan la vida y nos abren a la esperanza. Signos que nos afirman tanto personal como comunitariamente en nuestra obsesión de vivir con dignidad. Y así, en medio de tanta negación podemos afirmar que en nuestros barrios hay vida digna.